

Abresé el BAZAR a las 8 mañana.
Cierrasé a las 19:00 noche.

Año XXXII

1.º

SABADO

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros. S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

Rindiendo mi homenaje

En la larga historia de mi periódico «El Bazar Murciano», he rendido por la imperiosa necesidad de los hechos, sentidos tributos de afectos y consideración a aquellos que en él colaboraron y que pasaron a mejor vida.

Siempre en ellos puse no solo la nota del sentimiento, sino el fervor de la plegeria que, modesta como mía; pero piadosa, como la que más, se elevó a las alturas, pidiendo para ellos el descanso y la eterna quietud.

Hoy nuevamente he de hacerlo para ofrendar este piadoso recuerdo a la memoria de aquel ilustre periodista, don José Ortega Munilla, modelo de caballerosidad y de hidalguía, que por muchos años llorarán las letras españolas, como lo lloramos los que en la vida tuvimos la satisfacción de tratarle.

Descanse en paz, y sean estas breves líneas el homenaje sentido a su grata memoria.

RICARDO BLÁZQUEZ

Escúcheme, señor...

Enhorabuena, señor; tiene usted un hijo muy guapo y muy agradable. Me atrevo a vaticinar que será algo en el mundo. Hace diez minutos que le observo y he oído como le pidió a usted sucesivamente que le comprase un tranvía, una manga de regar las calles y un sargento de la Escolta Real. Es codicioso y llegará lejos. Me parece que no podrá usted llegar a su casa sin hacerle algún regalito. En ese caso, elija usted cuidadosamente lo que le ha de comprar. Nada hay que tenga tanta importancia como los regalos que se hacen a los niños, porque su carácter se forma a costa de ellos. ¿Permite usted, señor, que le cuente lo que me ocurrió cuando me regalaron un sable?

Yo fui un niño pacífico, señor; pero cuando me regalaron aquel sable me sentí súbitamente poseído del afán de agredir. Todas las cosas adquirieron de repente una significación hostil, y comprendí que debía dominarlas y reducir las a fuerza de tajos. Una silla de paja, que hasta entonces no había hecho más que servirme docilmente de caballo, se convirtió ante mis ojos en un fiero dragón, amenazante. Con gran serenidad —se lo juro— arremetí contra ella. ¡Ah, caballero!, nunca se libró tan terrible combate entre un ser humano y una pobre silla de paja. Puedo decir sin jactancia que di cuenta de ella en quince minutos. Después gané el pasillo. Llevaba los ojos brillantes, el sable empuñado con fuerza y un imponente gorro de papel en la cabeza. Estaba magnífico, señor. Dentro de mi corazón había el aviso secreto de que no tardaría en surgir el nuevo enemigo. Mi corazón no me engañaba. Esta vez era un adversario mucho más temible, bien armado, ágil y dispuesto a resistir tenazmente. Era el gato. Lo ví dormitando junto al perchero e inmediatamente decidí que él o yo sobrábamos en el mundo. Pero un gato sabe mucho, caballero, y no tarda un abrir y cerrar de ojos en esconderse debajo de una cama. Tuve que apelar a seductores engaños para que se dejase dar dos sablazos en la cabeza.

Una tras otra, des criadas se despidieron de mi casa, batiéndose en retirada ante mis tajos. En la calle organicé militarmente un pelotón de chiquillos, y todos me saludaban llevándose la mano a la

frente, porque yo tenía un magnífico sable de hoja de hierro, señor, y los de ellos eran simples estacas.

Y un día anuncié a mis padres que quería ser militar, lo que, bien pensado, no me convenía na. Soy militar y le aseguro a usted que nunca he tenido ocasión de pinchar a nadie con mi sable.

Pero aquel regalo decidió mi vida. Ahora compro siempre a mis hijos balanzas y cacharros para que jueguen a las tiendas. Uno de ellos hizo los otros días un formidable negocio vendiendo por dos lápices y una bolita de vidrio el envase de una botellita de perfume. Y es feliz.

Si, caballero: es preciso tener mucho cuidado con los regalos que hacemos a los niños.

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

PARA EL «BAZAR MURCIANO»

FUGOMANIA

Según dice un colega de Sevilla, en alas de un amor extraordinario, se ha fugado ardorosa, una chiquilla, con un pollo gentil y millonario. Que conste, por si alguno lo pensó, que el pollo millonario... no soy yo.

Otro pollo, tenedor de libros, en Barcelona, se ha fugado, por amor, con una chica muy mona.

Si el cariño les alienta correrán el mundo entero y, aunque la justicia intenta encontrar su paradero, como a los dos les ofrece encantos el amor loco, el tenedor no parece... ¡Y la cuchara tampoco!

En Madrid, del hogar, hace ocho días, se le fugó a un esposo la parienta, que es rechoncha, gruñona, insoportable y además vieja y fea. No es esto lo peor; lo más tremendo es que dice la prensa, que el marido, indignado y compungido, a la Comisaría ha dado cuenta, para que busquen a la infiel esposa... ¡Casi, casi, merece que parezca!

Hará como una semana, marchando por una calle de mi ciudad segoviana, ví una chica con un talle, un rostro, una simpatía, una gracia y un encanto, que era, en fin, de las que haría pecar al santo más santo.

Tras de la chica hechicera, como un cadete marché y al averiguar quién era —¡Es murciana!— escuché.

Cautivado me dejé y volver a verla anhelo. Ahora sé por qué escribió Zorrilla *De Murcia al cielo*.

Belleza más singular os juro que nunca ví. Si Blázquez en su Bazar tuviera chicas así, a Murcia me marcharía para entrar, pere volando, en esa *fugomanía* que se está desarrollando...

Ya sabe usted mis deseos, Blázquez... Si hay una..., que espere y escribame, sin rodeos, a la lista de Correos... (que mi mujer no se entere...)

JOSÉ RODAO

Greguerías del Bazar

Esas enormes cabezas de cartón con la boca desmesuradamente abierta por donde los chicos cuelean las pelotas, me hacen el efecto de unos seres condenados al enorme castigo de un bostezo eterno. Son como unos Gargantúas de fauces desencajadas que amenazan con tragarse al niño que arroja las pelotas.

Esos artísticos relojes de blanca porcelana que suelen adquirirse para premios de Juegos Florales son algo así como esos cursilones monumentos de confitería que se levantan en los parques de las grandes ciudades, colocándose en el sitio de la esfera una inscripción que dijera: «Al eminente poeta X el Ayuntamiento de Z».

Esos bastoncitos febles, sin contera, que llevan unos remiendos de badana a lo largo de ese cuerpecillo enclenque, parecen unos inútiles de la gran guerra recién salidos del hospital de sangre. En cambio esas cayadas gordas de grandes nudos que para hacer competencia a los pastores llevan ahora los pollos «bien», nos hacen el efecto de nuevos ricos a quienes ha hinchado el lujo de la moda.

¿Habeis visto esas lámparas de comedor cuyos colgantes tintinean armónicamente al ser acariciados por la brisa? Como la farsa que tanto cultivan los poetas románticos, deben ser de origen italiano. Son algo así como gorros deformados de *bersagliers* rodeados de hermosos macarrones.

Cada vez que se vende una muñeca en el Bazar, sus compañeras quedan llorando en los estantes. El sonido de la campanilla del cajón del dinero que se abre para recibir el importe de la venta, es algo así como el toque de gloria con que se les avisa que una de sus hermanitas se ha marchado definitivamente, encerrada en su cajita blanca.

Esas muñecas grandes que hablan, andan y cierran los ojitos, suelen servir de consuelo a algunos matrimonios sin hijos. Tienen una ventaja sobre los niños de verdad y es que ni rompen zapatos, ni piden bizcochos, pero en cambio ¡ay! no saben devolver los besos.

VERETER

Madrid-Agosto-1923.

Al despuntar la Aurora

Para el «Bazar Murciano»

Blanco y rojo, partiendo la llanura, brinda el mesón descanso al trajinante; como quieto rebaño, más distante, surge el lugar sin nombre y sin ventura.

Sobre un tormo perfila su figura el molino con brazos de gigante. Todo es paz. Todo duerme. Deslumbrante e alba viste al campo de hermosura...

Van las yuntas con rumbo a la besana; en la torre se queja la campana; un rocín hiere al llano con su trote.

Y el alma tiembla de emoción y espera ver salir al Señor de la Quimera: a España compendiada en Don Quijote.

M. R. BLANCO BELMONTE

Cantares blazqueños

I
La Virgen de la Fuensanta dice a todo el que la reza: —Llégate a casa de Blázquez... ¡y allí verás cosa buena!

II
Tres cosas tiene Ricardo que acreditan su Bazar: abundancia, baratura y atractivo personal.

III
La política de España huele cada vez peor. ¡Colonia Gal vende Blázquez que borra ese mal olor!

IV
Para jardines, Granada; para edificios, Chicago, y para buenos bazares el que dá luz a Ricardo.

V
Haz que a tu madre le corten el hilo de la existencia... siempre que vayan a Casa de Blázquez por las tijeras.

VI
Aún dan que hacer a la gente las «responsabilidades», y es la más grave de todas no comprar cosas a Blázquez.

VII
Aunque hoy abundan las huelgas de todo y a todas horas jamás en casa de Blázquez hay huelgas de compradoras.

VIII
Sobre la cumbre de un monte me puse a considerar el *pele* que echa Ricardo vendiendo *Petróleo Gal*.

IX
Por el aire viene el tordo; por el río viene el agua; por Ricardo al Bazar vienen ¡estupendas parroquianas!

X
No sé que dá mas dinero, si las minas de *Bilbao* ó el bufete de La Cierva ó el bazar de don Ricardo.

XI
Los juegos cierra Almodovar y dice Blázquez: ¡Já, já! ¡Con los juguetes que vendo no hay quien no pueda jugar!

XII
Ruiz pretende una cartera Chapaprieta la ha pescado... ¡y yo no quiero más que una de las que vende Ricardo!

XIII
No sé que echa en su jabón la *Perfumería Gal*, que además de oler muy bien forma espuma de *champán*,

XIV
Anda, vé y dile a tu madre que te compre un bibelote, y un collar de piedras finas que te bese en el cogote.

XV
(Tantos años de hacer coplas para el *célebre Bazar* al autor más fuerte dejan hecho una calamidad!...)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

MADRID

Un recuerdo.....

Fué el año pasado cuando, por los días en que se publicó el número correspondiente de «El Bazar Murciano», hallé a don José Ortega Munilla, metido en charla encantadora por lo amena e ingeniosa, con otro ilustre amigo mío, arquétipo del ingenio y de la amenidad. Don José, que fué siempre un grande, un excelso patriota, en los últimos años de su gloriosa vida, en aquellos en que se redimiera por el trabajo honradísimo de las culpas en que hubiese podido incurrir y de las flaquezas que, como todos los humanos, hubiera podido tener, todo lo veía a través de la Patria, todo lo enderezaba a su mejor servicio y todo deseaba que se encaminase a su enaltecimiento y a su gloria. Así, cuando su pluma de fecundidad inagotable, caía a modo de martillo sobre los problemas palpitantes, brotaban, no chispas, sino ráfagas de luz, que iluminaban los horizontes y los caminos de España...

En un breve paréntesis de silencio, entre los ilustres conversadores, yo que, acababa de saborear el periódico de Blázquez, le dije:

—Don José, he leído, con la admiración de siempre, su trabajito de «El Bazar Murciano». Nos honra a todos los que en él escribimos. La firma de usted en sus páginas tiene para mí la ejemplaridad del príncipe o del magnate que se complace en visitar, descendiendo, la cabaña del pastor y la choza del pobre, perdida en la soledad de los campos...

—Pues, créame usted, me respondió, no hago ningún sacrificio, y me doy, en cambio, una verdadera satisfacción. Amo todas las nobles manifestaciones de la actividad humana y no solo respeto y considero, sino que admiro, a cuantos saben labrarse una posición por medio del trabajo. Yo he tenido siempre la preocupación de la siembra y nunca la de la recolección. Admiro a Blázquez; es hombre trabajador, verdaderamente trabajador y tiene todos los atrevimientos y todas las simpáticas audacias de los conquistadores. Mientras yo viva, no faltarán unas cuartillas más en «El Bazar Murciano».

¡Quién había de decir que aquellas a las que antes me referí, serían las últimas que escribiera para este tan simpático periódico! Estaba entonces don José, aunque ya metido en años, como en plenitud de vida y escribía, con el estilo brillante y con la frescura y lozanía de un muchacho de treinta, periodos de prosa tan llena de armonía como de honduras ideales...

Al recibir, primero la carta y hoy el telegrama apremiante de Ricardo, pidiendo mi colaboración para este número, he recordado a don José Ortega Munilla, al portentoso escritor y al extraordinario periodista, que tanto sembró y siempre tuvo los trojes vacíos. Y he querido dedicarle este pequeño homenaje y una fervorosa oración.

MIGUEL PEÑAFLOR

Madrid 17 de Agosto de 1923.

El chasco de un andaluz

En la acera que dá al río,
en una ventana, ayer,
ví una mujer...! qué mujer!
¡Vaya una jembra! Dios mío!

¡Vaya unos ojos traidores
y una cara salerosa
y unas mejillas de rosa
y unos labios tentadores!

Una flor que no se cría
ni en esa huerta murciana,
ni en la reja sevillana
ni en toda mi Andalucía.

Al contemplarla, a granel
piropos le dirigí,
recordando que naci
en el barrio del Perchel.

Y dije:—¡Olé la mejó
y más grande maravilla;
bendita sea, chiquilla,
la mare que te parió!

Esa carita admirando
brotan quereres y celos,
que es de un angel de los cielos
que está aquí veraneando.

En esto llegó un amigo
que mis requiebros oyó
y casi se contagió
al ser de mi afán testigo.

Anheló de cerca ver
aquel divino portento
y contemplar un momento
aquella diosa, o mujer.

Se acercó... le ví reir
y la causa al preguntar,
no me tardó en contestar:
—Pues te lo voy a decir.

Esa jembra tan bonita,
esa cara tan graciosa
de las mejillas de rosa
y de atracción infinita,

Esa rara perfección
que en sus hechizos te ha preso,
no es de carne ni de hueso
sino de simple cartón.

—Pero... Suspiras en vano
y yo el remedio te explico,
que es una muñeca, chico.
—¿Cómo?

—Del Bazar Murciano.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Málaga 26 Julio 1923.

El alma del Bazar

El alma del Bazar es el perfume:
Una undivaga mezcla que su ambiente
satura, y que en esencias mil resume
sus embriagueces, turbadoramente.
El alma del Bazar es el perfume.

Como en un camarín de Shehrazada
en que un humo odorante se respira,
allí mi fantasía alucinada
finge que el opio del narguile aspira,
como en un camarín de Shehrazada.

Pero desde que sé que lo frecuentas
¡oh, viva porcelana de ojos rubios!
no achaco de sus drogas a las ventas,
sino a tu asiduidad, tales efluvios,
desde que supe que el BAZAR frecuentas.

ANDRÉS SOBEJANO

La Conquista de Alhucemas

Entre la ola de calor
que nos agobia y sofoca,
Aguilera, Sánchez Toca
y Sánchez-Campeador;

entre varios aluviones
que los campos devastaron
y pujantes se llevaron
las mieses y a Romanones;

entre huelgas de bracers,
choques de Ford y de motos,
entre horribles terremotos
y tremeados pistoleros,

sólo una noticia miro
sensacional, estupenda,
que así, en forma de leyenda
na caído en mi retiro:

Para la paz con el moro,
para tomar Alhucemas
no hacen falta más pamemas;
ni más hombres, ni más oro.

Fué Ricardo el del Bazar
a pactar con Abd-el-Krim,
y se ha llegado por fin
la ansiada paz a firmar.

¿Qué condición esencial
puso Abd-el-Krim a Ricardo?
¡Pues que le envíe un gran fardo
de Perfumería Gal!

JESUS CARRILLO DEL VALLE

Los Barreros 8 Agosto 1923.

La Princesa madre

Era una Princesa de cuento de Hadas
de hermoso semblante de suave blancor,
de cabellos de oro, cejas arqueadas,
de ojos como cielos que al mirar, baladas
decían de amor.

Y era la Princesa, madre de dos niños;
uno de seis años, de nueve el mayor.
Y los principitos, blancos como armiños,
como el trigo rubios, eran sus cariños,
su dicha mejor.

Gustaba el pequeño, de las mariposas,
de los pajarillos del rosal en flor,
de oír a las fuentes charlas armoniosas,
de internarse sólo en selvas umbrosas
de ledó rumor.

Y el mayor gustaba, de tener bandera,
lanza, daga, sable, trompeta, tambor,
y casco luciente de bella cimera...
Nada le agradaba, en cuanto no hubier a
en ello, valor.

El pequeño, humilde, a todos amaba
y encontraba en todos humildad y amor;
el mayor, en cambio, se encolerizaba
y por su carácter, sólo cosechaba
envidia o rencor.

La Princesa, madre antes que Princesa,
sentía en su pecho amargo temor;
y en hondos pesares y en quebrantos presa,
con igual dulzura de un labio que besa,
hablóles de amor.

De amor para todos grandes y pequeños,
plantas y animales; cuanto en derredor
de nosotros vive... ¡Qué amargos beleños
sentía la madre—princesa de ensueños—
toda fe y amor!

Y los principitos, tristes, la escuchaban,
sin idea, acaso, de su hondo dolor;
y luego, inconscientes, los dos le juraban
que serían buenos; y, tiernos, besaban
sus labios de flor.

Pasaron los días y fueron mayores
los dos principitos, los de albo blancor,
los de rubios rizos, los de los amores
de aquella princesa, mártir de dolores
en materno amor.

Y fueron, ya hombres, como fueron antes:
muy bueno el pequeño, muy malo el mayor;
el uno, poeta de ideas brillantes;
el otro, guerrero de ideas sangrantes:
ternura y furor.

Y los dos amaban la eterna justicia:
y decía el uno:—«Justicia, es amor».
y el otro, decía:—«Para la estulticia
de los hombres malos, para la sevicia,
justicia, es dolor».

U: a noche en sombras, arrojose a un río
un hombre ignorante, sin ley ni temor
al Dios que nos diera el libre albedrío;
salvaronle un perro y un muchacho pio
de noble valor.

De otorgar un premio habló la justicia
y hubo discusiones. ¿Cuál fue el salvador?
—«Los dos;—el poeta dijo con delicia—
El perro, avisando; y con su pericia
el buen nadador».

Y dijo el guerrero, de odio inflamado
—«Fue el can; porque el hombre, villano y traidor,
ante el enemigo huyó acobardado...
Yo lo ví y no puedo dar hoy a un menguado
el Premio al Valor».

Y habló la Princesa, con hondo disgusto
que daba a sus labios nervioso temblor,
y dijo al guerrero:—«Si quieres ser justo,
a nadie aborrezcas.—Y en un gesto augusto
vibró de dolor,

«¡Amor para todos: grandes y pequeños,
plantas y animales. Cuanto en derredor
de nosotros vive!...»—¡Qué amargos beleños
sentía la madre—princesa de ensueños—
toda fe y amor!

Mas ya desde entonces, de tan fausto día,
el odio del Príncipe, trocose en amor;
y ya la Princesa—¡vaso de poesía!—
pudo, venturosa, vibrar de alegría
libre de temor...

la Princesa hermosa de cuento de Hadas,
de puro semblante de suave blancor,
de cabellos de oro, cejas arqueadas
y ojos como cielos, que, al mirar, baladas
decían de amor.

RODOLFO DE SALAZAR

Madrid, agosto de 1923.

Los encantos de María Fernanda y la juventud del «Bazar»

Lo que va de ayer a hoy

¿No recordais, lectores, a María Fernanda? ¿No? ¿No os acordais de una murciana guapísima, que fué Reina de unos Juegos Florales, allá por la guerra de Cuba?

Era una chiquilla que hacia ojo. Y con razón. Los que polleábamos cuando empezó el siglo, tenemos muy presentes sus gracias y su maravillosa belleza.

Yo recurro ahora mismo al mágico espejo de la memoria y veo la carita y el tipo de María Fernanda, como si los tuviera delante.

Verdad es que anduve enamorado de ella largo tiempo, con un platonismo espeluznante.

María Fernanda se vestía bien, pero sin rebuscamientos ni artificios; era elegante *per sé*; sin poderlo remediar; como es bella una rosa...

Alta, blanca, esbelta... Una hembra toda gracia y toda fragancia... El resplandor velado de sus azules ojos adormidos era inolvidable. Tenía, además, casi siempre, unas ojeras la niña aquella... ¡María Santísima qué ojeras! ¿Y los andares? ¿Y el modo de reír? ¡Vaya por Dios..!

En las salidas de misa de doce en la Catedral; en los ratitos de flirteo en el portal del «Bazar Murciano», y en las noches de feria, bajo el resplandor de las bombillas de la Glorieta, su busto magnífico, de reina joven, era la flor de las gracias, y se llevaba a las gentes de calle...

Pues bien, os decía, que anduve enamorado de su palmito, con un amor recóndito y callado; suspiré muy hondo, por ella, y acabé, después de dedicarle tres sonetos, por perderla de vista, afortunadamente...

La niña se fué a vivir a Madrid, con un tío suyo, notario, y allí se casó, no sé con quien...

Después de veintitantos años, casi la mitad de la vida, esta mañana encontré a María Fernanda en el «Bazar Murciano». Al verla, evoqué a Campoamor:

Santo Dios ¿y esta es aquella?

Está mucho mas gruesa, y, aunque todavía guapetona, la encuentro ajada, ventruda, y ya apagado el resplandor de sus pupilas azules.

A su lado, una espléndida muchacha rubia, maravillosamente bonita, con un par de ojazos azules que daba gloria verlos, le llamaba «mamá» repetidas veces.

De pié, ante el escaparate del «Bazar», contemplando extasiado aquellas dos mujeres, he dicho, a modo de lírica salutación, para mis adentros:

«¡Dichoso Bazar Murciano, que después de un cuarto de siglo, en lugar de decaer y tornarse anticuado, es cada vez más joven...! ¡Cada año aumenta sus atavíos, sus atractivos, su elegancia!

¡Dichosa tú, María Fernanda, que has sabido, a través de las luchas de la vida, ver reproducidos tus gloriosos veinte años, en esta otra Fernandita, que ha heredado el color de tus ojos, el esplendor de tu busto, el ritmo cadencioso de tu paso y el casco de oro de tus cabellos...!

Pero ¡desdichado de mí! ¡Miserio yo mil veces, que tuve veinte años y no supe aprovecharlos! No supe, y ahora, ¡ay ahora! tan tarde ya, para mayor ironía de mi destino, soy tan débil, tan tornado, mi ánima flaquea tanto ante la tentación que —me ruboriza confesarlo— me extasio y me embobo ante la hija, como antes suspiraba ante la madre.

¡Me gusta mas, infinitamente mas, la niña que la mamá! Perdóname María Fernanda! ¡Cómo ha de ser...!

ENRIQUE MARTÍ

25 agosto.

Himno al jabón

Jabón: Yo te saludo
y, extático, ante tí quiero postrarme.
Porque amo la limpieza y porque sudo,
¡Oh jabón! acudo
abatado en ansias de lavarme.
De todo cuanto abarca
la vista desde el sol hasta la tierra,
nada el hechizo y la poesía encierra
de un trozo de jabón de buena marca.
Su resistencia dura,
se hace luego materia deleznable
al roce vil de la substancia impura,
mientras borra el estigma miserable
de cualquier epidérmica adherencia.
¡Oh jabón admirable!
Tu tienes a mis ojos la apariencia
del pulcro moralista infatigable
que, por lavar la pública indecencia,
deshace y sacrifica su existencia.
La blancura exquisita
de tu espuma sutil, es como una
eterna e infinita
renovación de la movable cuna
que meció el primer sueño de Afrodita.

¡Oh jabón, mensajero
de los deseos que el amor produce!
Amigo, confidente y compañero
de la bella mujer que nos seduce.
Duendecillo, dotado
de una vida interior,
que aspira, recatado
en algún olvidado
rincón del tocador,
a tener, cierto día,
el enfermo placer,
la malsana alegría
de una lenta agonía
en unas tibias manos de mujer...!

¡Salve, jabón! Tu llevas
la limpieza en tu entraña...
Tu que dejas las manos como nuevas
cuando tu espuma higiénica las baña,
mucho, en verdad, me extraña
que a lavar no te atrevas
ciertas manos políticas de España.
Mas no en jabón de Heno
de Pravia, ni de Flores
de Talavera que, es fragante y bueno—
sus manos lavarán tales señores.
Para lavar al gobernante malo
será preciso usar jabón de Palo.

¡Jabón: Yo te saludo
y extático, ante tí bajo la faz!
Sustituye al león viejo y peludo
del español escudo.
Yo creo que el escudo de la paz
debiera ser la sombra del león
perdida en una pompa de jabón...

ENVIO
A Ricardo Blázquez

Amigo Blázquez, noble y leal:
Dice la gente que es inminente
un cataclismo fenomenal.
La única norma prudente y sabia
que nos aparte de dicho mal
es la limpieza del personal
de la política, que nos agravia.
Se hará riquísima la Casa Gal
si, con jabones Heno de Pravia
lava las culpas de cada cual.
Y usted, en Murcia y en Cartagena,
obtener puede ganancia buena
si en eso emplea su capital.

ENRIQUE SORIANO

Agosto 1923.

La bagatela supérflua

(Ensueño sardanápico)

Para que nueva mi péñola
en elogio de sus bártulos,
y escriba en versos esdrújulos
un romance ditiámbico,
me apremia Blázquez, mandándome
cual dón de su ser magnánimo,
un cofrecito argentífero
con adornos emblemáticos,
labor de aquellos artífices
de un pretérito romántico
que levantaban pirámides
como quién se come un rábano.
Yo al ver el aspecto insólito,
hermético y mayestático,
que proyectaba en mis órbitas
el chirimbolo simpático,

—¡hé aquí un gran joyero!—dijeme—
con trémulo acento lánguido...
¿Qué habrá en su seno recóndito,
misterioso y enigmático?
Mi imaginación flamígera
perdióse en sueños rosáceos,
y vió esmeraldas litúrgicas
como chispas del Occéano;
bellos rubíes magníficos;
obesos topacios áureos;
perlas de Basora auténticas
de respetable diámetro...
y los ópales translúcidos,
y los berilos hieráticos,
y las ágatas simbólicas
compañeras de los ágatos...
En fin, toda la pictórica
variedad de orden cromático
en que cristalizan sílices
con alúminas y ácidos,
y que en sus antros telúricos
labrán los gnomos escudados.

Cogí la llave minúscula
cual talismán indostánico,
y con seriedad estóica,
mas algo trémulo y pálido,
abrí la caja pandórica
de mis ensueños lunáticos.
¡Oh, suerte mía, cuán mísera!
¡Cuán triste mi sino trágico!
En el interior, paupérrimo,
de aquél estuche fantástico,
solo hallé varias partículas
de sucio polvo antipático,
la cabeza de un ortóptero
y el mesenterio de un ácaro...
Yo me quedé un poco atónito
mirando aquel espectáculo,
y pensé, en plan humorístico,
que Blázquez, que es hombre ático,
se quedó con los apéndices
capilares de mi cráneo.

Porque, señores ¿no es cómico
pensar que un coplero gárrulo
puede haber joyas prismáticas
para guardar en los ámbitos
—siquiera sean microscópicos—
de ese joyerito arcaico?
¿No hubiera sido mas lógico,
y sobre todo más práctico,
que en lugar de ese adminículo
tan estético cuán vacío,
se hubiese sentido espléndido,
enviándome unos pápiros
con que adquirir las poliédricas
joyas de matices cálidos,
que esparcen sus brillos fúlgidos
en escaparates diáfanos,
y ya en poder de las pícaras
mandarme un cofre de sándalo
para ampararlas del óxido,
y los ósculos del ábreo?...
Aún es tiempo, Blázquez óptimo,
de declararse filántropo.

Si mi demanda no plácele,
no insisto más ¡voto al chápulo!,
porque no quiero ser plúmbeo,
soporífero y pelmático;
pero estoy viendo el recóndito
seno del joyero mágico,
lleno de prosaicas nispolas,
chufas, lirones y rábanos.

F. FRUTOS RODRIGUEZ

En Vano...

En vano tu indiferencia
pone freno a mis deseos,
y tus desdenes, en vano
hostilizan mis anhelos.

Sé que no me querrás nunca,
ni jamás seré tu dueño,
ni me mirarán tus ojos,
ni me quemarán tus besos.

Inútilmente me clavás
la flecha de tu desprecio,
que, ni aumentas mi tortura
ni multiplicas mis celos.

Ni te miro por mirarte,
ni en hallarte pongo empeño,
que sin mirarte, te miro,
y sin hallarte, te veo.

Vives dentro de mi alma,
tan pegada a mi recuerdo
que son tuyos mis sentires
y tuyos mis pensamientos.

Desde que te ví, mis ojos
otra cosa ya no vieron,
y al mirarte me nació
el corazón en el pecho.

Sentí algo extraño y profundo
que me llegaba de lejos...
Vislumbré una blanca sombra
familiar de mis ensueños...

¿Fue tu voz apasionada?
¿Fue la gracia de tu cuerpo?
¿Fueron tus labios de grana
o fueron tus ojos negros?

No sé cual el maleficio
ni quienes los hechiceros...
Sólo sé que de quererte
tengo el corazón enfermo.

Ni pretendo que me quieras,
ni ser tu dueño pretendo,
ni lloro tus esquivaces
ni tus frialdades lamento.

No adoro en tí la hermosura,
ni las sales del ingenio,
ni los candores del alma,
ni los primores del gesto.

Ni el encanto de la risa,
ni el perfume del aliento,
ni aquel lunar milagroso...
ni aquellos rizos del cuello.

Te quiero... porque Dios quiso
que me muriera queriendo,
y amarte sin esperanza
es la esperanza que tengo...

MIGUEL PELAYO

Expresamente para

El Bazar Murciano

Madreselvas

Con ojos vidriosos,
con cara de cera,
en humilde lecho
fenece la enferma...

La fiebre, es maligna...
la fiebre es intensa,
y va lentamente
la parca, cruel, fiera,
dejando sin vida
a la madre buena,
con ojos vidriosos,
con cara de cera...

Su frente, ha perdido,
blancor de azucena...
¡Todo es amarillo
en su cara bella..!

Las rosas divinas,
las rosas tan frescas
que en su tez había,
flores son ya muertas...!
¡todo se marchita...!
¡todo, al fin, se seca...!
¿que tiene la vida
que tanto se anhela?
¿qué poder la muerte
que pronto la entierra..?

Duermen los pequeños...
pero, ¿y si despiertan..?
¡Quiera Dios que al mundo
los niños no vuelvan...!
que sueñen, que sueñen...
que duerman... que duerman...

Si a su madre llaman,
y la hallásen muerta,
¡oh, qué cuadro...! ¡¡qué cuadro!!
¡¡¡qué escena!!! ¡¡¡qué escena!!!

Y, abriendo los ojos
con ansia suprema,
exclama la madre
con ojos vidriosos, con cara de cera:
«Que a esos angelitos
en mi caja metan...!
¡que vengan conmigo...!
¡morirán de pena,
si quedan sin madre...!
¡su madre los lleva
consigo a la gloria...!
¡a la gloria eterna...!
¡Así Dios lo manda...!
¡Grande es su clemencia...!
¡Porque es preferible...
porque es de conciencia,
¡¡que despierten con madre en el cielo,
antes que despierten sin madre en la tierra!!

CECILIO RECALDE

Madrid 6-7-1923.

La muñeca rota

Rendidamente, con pasión, adoro
a una mujer-muñeca primorosa
que en su divina faz luce el tesoro
de una gentil, alabastrina rosa.

A una muñeca, rubia como el oro,
daba su amor de virgen pudorosa,
y un día su placer trocóse en lloro
al morir su ilusión mas luminosa.

El juguete, recuerdo de la infancia,
que en manos de ella se bañó en fragancia,
quedó hecho trizas en poder de un niño.

¡Y desde entonces, vive tristemente
el alma de la dulce adolescente
que oculta su dolor en mi cariño!

LEOPOLDO AYUSO

Las fuerzas contrarias

(CUENTO)

Joven, muy joven, demasiado joven, fué
enviado a un colegio, allá, en las orillas de
los tranquilos lagos, al pie de las montañas
relucientes de ventisqueros de cristal. Des-
pués ingresó en la Escuela Politécnica, fué
mártir del estudio; becas, pensiones, nada
se resistía a su esfuerzo.

Sus padres le montaron un laboratorio
costoso, donde no faltaba aparato alguno,
por caro que fuese. El futuro hombre de
ciencia se posesionó de su campo de ope-
raciones, trabajando en él noche y día, con
increíble tenacidad.

Luchando, estudiando, asimilando nue-
vas ramas de la Ciencia, llegó a ser miem-
bro de la más alta Corporación científica
de su país. Se especializó: la Electricidad
fué objeto preferente de su estudio. Sus
descubrimientos le crearon una reputación
mundial, y le crearon, también, enemigos.

Y el sabio veía dos fuerzas inmutables,
eternas, marcando el límite de su imagina-
ción, de todo humano intento: una fuerza
creadora y una fuerza destructora; dos fuer-
zas contrarias, dos polos opuestos; los sig-
nos + — enormes, infinitos como el éter,
abstrusos cual la íntima constitución de la
energía eléctrica.

Y se esforzaba por hallar la enjundia de
lo impalpable, y en la pizarra surgían fór-
mulas, buscando una nueva fuerza: la fuer-
za de la conservación, anulante de la des-
tructora. Y hacía operaciones, hallaba re-
sultados, y siempre lo mismo; las fuerzas
contrarias, las fuerzas que se anulan, las
fuerzas equilibrantes, las fuerzas que se
destruyen: — A + A = 0 ...
¡Cajal dijo que «la gloria, la inmortalidad
en el mundo era un retraso del olvido». No.
No podía ser. A demostrar lo contrario en-
caminaba sus investigaciones. Había que
anular el olvido; había que hacer eterna la
existencia; había que matar a la muerte: a
la fuerza destructora con la fuerza conser-
vadora, y esta fuerza estaba...

Un caluroso aplauso cortó el final del
discurso del sabio. En una tribuna, el ade-
mán imperioso, para dejarse oír, de un
hombre de ciencia, restableció la quietud
propicia a la oratoria. Y una voz grave y
pausada dijo: — «Ilustres compañeros: El
distinguido colega que ha concluido de
anunciarnos su descubrimiento, no ha teni-
do en cuenta la magnitud de él para que
fuese creído. ¿No se habrá dejado llevar
por una fantasía demasiado rápida?

«Señores, os llamo la atención sobre lo
que ha manifestado. ¡Nada menos que la in-
mortalidad humana ha conseguido! ¡Nada
menos que la fuerza conservadora preten-
de poseer! ¡Y se ha comprometido, nada
menos, que a demostrarnos experimental-
mente su invención!

«Pues bien, distinguidos colegas, reto al
atrevido a que demuestre, como dice, su
descubrimiento. No creo una palabra de lo
que afirmo.

Enorme tumulto se produjo en la sala.
Los dos sabios quisieron lanzarse uno so-
bre otro... El incidente se apaciguó, al fin.
Era cenocida la rectitud de los dos hom-
bres, en todas sus afirmaciones; un anun-
cio hecho por cualesquiera de ellos se trans-
formaba siempre en una realidad. El inci-
dente acaecido, empero, no extrañó a na-
die, pues ninguno ignoraba la tirantez exis-
tente entrambos.

El arado del esfuerzo mental dirigido
por el Tiempo hincó la reja en la espacio-
sa frente pensativa, bajo la que lucen

dos esmeraldas de un verde claro de llama cúprica: dos ojos penetrantes, adivinos, brujos. Una nariz de águila correcta e imperiosa, acentúa, subrayada por una boca de labios finos y voluntariosos, la total energía en la cabeza, inclinada observante sobre el microscopio....

El sabio toma el porta-objetos que tiene en la platina y le coloca junto a otros. Luego va guardando en una cajita las pruebas que ha de presentar a la Academia, para confundir a su contrario y admirar al mundo; los raros utensilios que contiene la milagrosa fuerza conservadora, la destrucción de la destrucción, el secreto de la humana inmortalidad... Cierra la cajita dejándola, después, sobre una mesa en que relucen multitud de aparatos físicos.

Allí, en aquel recipiente tan pequeño, en aquella diminuta caja, se encierra una cosa tan grande, un secreto terrible, obra de toda la vida.

El sabio mira el reloj; las tres. Hora es ya de dormir; pero como no tiene sueño vuelve sobre su pupitre, y pronto, en la blancura inmaculada de las cuartillas, van surgiendo, entre los cabalísticos trazos, de fórmulas y mas fórmulas, los cuellos de cisne de las integrales...

* * *

Una puerta se abre... Sigilosamente penetra un hombre en el laboratorio... El sabio continúa sus operaciones, con tenacidad inmensa. El hombre se agacha para no ser visto... El sabio mira la cajita y ve una mano deslizarse hacia ella... Se levanta; el otro se pone en pie... ¡Es el retador! Se miran un instante: allí están las fuerzas contrarias, las fuerzas que tienen que destruirse:—A + A...

Saltan uno sobre otro. Luchan. Caen encima de un aparato eléctrico de alta tensión... Los cuerpos oprimen la manivela del interruptor... Los polos antagónicos se comunican, las electricidades opuestas chocan, y la descarga electrocutora, carboniza a dos hombres, destruyendo las fuerzas contrarias...

* * *

Amanece. El sabio, despavorido, despierta; se durmió sobre el pupitre. ¡Qué pesadilla más horrorosa! Ansioso, mira a la mesa de aparatos... ¡¡La cajita ha desaparecido!!

LUIS GIL DE VICARIO

Murcia-Alicante

EL IMÁN DEL BAZAR

Fraternas corrientes de afinidad que los voceros de opinión sustentamos desde las hojas en que cotidianamente la profesión solicita nuestras actividades, tienden un paralelo de compenetración y de afecto, entre Alicante y Murcia, que por esta época viene a estar preconizado y mantenido con una mayor pujanza por el «Bazar Murciano», tan briosa, amena y dilatadamente amantado por su infatigable fundador, Ricardo Blázquez, nuestro caro y excelente amigo. Y ello es así, porque Alicante es, precisamente, donde está el mayor núcleo de suscripción del bello periódico cadañal, y seguramente, donde radica el mas poderoso de clientes del otro soberbio «Bazar» en que el excelentísimo don Ricardo tiene todas sus solicitudes para todo el mundo, en general, y para los hijos de esta *terreta*, especialmente.

No sabemos si, sacando las cosas de quicio, pero movidos por la obsesión que en nosotros produce la irresistible fuerza atractiva que poseen el señor Blázquez, su espléndido establecimiento y su galano periódico, nos hemos dado a pensar que don Alvaro Guixot, el rumoso empresario de espectáculos, paisano nuestro, que viene a mostrar hacia el terruño este año, una tibieza y un alejamiento bien sensibles para nosotros, es a su vez una víctima de la tal obsesión, y se marcha a Murcia, a dar a las bellisimas hijas y a los graciosos hijos de la hermosa ciudad huertana de la Torre, siete veces coronada, unas jornadas gloriosas, plenas de regocijos y esplendores, arrastrándonos con él a nosotros, dóciles todos al maravilloso influjo de lo que habremos de llamar el imán del «Bazar»...

ABELARDO L. TERUEL

Alicante, agosto 1923.

DE LA TIERRUCA

El año pasado prometimos a nuestro paisano señor Blázquez unas líneas para su «Bazar Murciano»; pero el tiempo vuela en forma tal para nosotros, quizá para desmentir que esta tierra es aburrida, que a poco transcurre el año sin cumplir nuestra palabra que es lo único que poseemos; así pues unos versitos sin ser poetas, que tienen mas mérito que los de los que lo son y estamos del otro lado.

Señor Blázquez deme «Usted»,
Un chisme «pa» despertai,
A mi suegra que la «indina»
no se quiere espavilar.

En el gran Bazar Murciano,
un Ventrosino compró,
una cadena tan grande,
que a todo el mundo chocó.

La cadenita tan «maja»,
de tan gran tamaño era,
que llegaba del Castillo,
al arroyo la Tejera.

A Murcia me tengo dir,
con las alforjas al hombro,
«pa» «comprale» a mi paisano
una docena de trompos.

En fin para terminar,
si eres rico y de postín,
a Blázquez puedes comprar,
artículos quince mil.

VICTOR FERNANDEZ VILLAR
(Director de «El Najerilla»)

Mansilla Julio 1923

Bazar inagotable

Es tal el cúmulo y la complejidad de relaciones del «Bazar Murciano» en el Comercio y la Industria, en general, y con la Sociedad de Murcia, de que forma parte, que no acaba nunca de ser observado, estudiado y enaltecido por los que un año y otro venimos rindiéndole en este, su órgano periodístico, la expresión de nuestro afecto y el homenaje de nuestro aplauso.

Un observador superficial ve solo en el «Bazar Murciano» un establecimiento muy surtido de muchas novedades; y es algo más curioso y trascendental. En ese camino, en esa vía férrea que conduce al matrimonio (y no es impropio así llamarla, pues que con lazos como de hierro se unen finalmente los que la recorren) hay, como es sabido, las siguientes estaciones: *La declaración, El noviazgo, La petición de mano, Los esponsales, La Epístola de San Pablo*, (que ni es epístola, ni es de San Pablo).

Entre estas dos últimas, y a semejanza de los nuevos apeaderos construidos en algunas líneas, debería ya figurar en las Guías matrimoniales, uno que dijera: *El Bazar Murciano*; puesto que en él hacen irremisiblemente escala y alto écuantos recorren esa vía, cuyo segundo trozo, a partir de la parroquia, tan ocasionado es a choques y descarrilamientos, y equivalente para algunos a la vía Dolorosa del Calvario. Viene a ser el «Bazar Murciano» un negociado de la Curia eclesiástica, desconocido de la generalidad, del que es celoso jefe mi tocayo y amigo Blázquez, auxiliado entre otros, de Primo y Gregorio que en vez de papel sellado manejan resmas del de seda y en vez de balduque, fina guitilla con que atan los expedientes matrimoniales (léase paquetes).

El observador superficial de que hablabamos ve que de allí salen la mayor parte de los regalos de boda; pero ignora la historia de muchos de ellos, condensada en estos o parecidos diálogos:

La novia.—Oiga usted, Ricardo. A ver si usted pone coto a la repetición de algunos regalos que estoy recibiendo. No basta que me hayan llenado la casa de estuches de cucharillas y de trinchantes para aves, que Dios sabe (dada su carestia actual) si dejarán de ser algún día para nosotros *rara avis*; sino que también son ya cuatro los *cabás* de viaje recibidos. Y hablando de otra cosa: ¿cuánto vale este filtro?
—Doce duros.
—Carito es. Y nos hace falta.

El novio.—Oiga usted Blázquez. Por Dios y todos los santos que no le compran a usted para mí más que quinqués de despacho. Usted sabe que ya no leo ni escribo gran cosa de día y mucho menos de noche, y tengo ya tres en mi poder. En cambio, nadie se acuerda de otras cosas. ¿Qué precio tiene esta lámpara de comedor?

—A usted se la dejaría en 25 duros.
—*Bocato di cardinale*. También hemos recibido ya dos vajillas.

(Blázquez oye todo esto, sonríe al paño, y se calla).

Al día siguientesuele haber estos dos diálogos:

Blázquez a un parroquiano:—Perdóneme la indiscrección. ¿Es esto para la boda de fulanita?

—Hombre, si señor.

—Pues en vez de la vajilla, mándeles esa lámpara de comedor, que les gusta, y no tienen.

A otro cliente se le hacen las entrañas de modo análogo en favor del filtro.

Y luego hay aquello de agradecer los regalos diciendo:—«Ha estado usted acertadísimo con el aparato para el comedor».

Y al otro:—No parece sino que ha adivinado usted que nos hacía falta un filtro.

Y el adivinador ha sido Blázquez.

Por supuesto que para estas confidencias no hay comerciante más reservón.

Pasado algún tiempo, cuenta él estas cosas que le atraen nuevas confidencias; pero sin citar nombres propios (¡no faltaba mas!) Por algo su tienda es, como hemos dicho un negociado de la Curia, y ha de imitar a los sacerdotes—y los imita—en aquello de el pecado se dice; pero el pecador se reserva.

Hay no más esta diferencia: un ministro del altar afrontaría hasta el martirio y la muerte por no revelar un secreto de confesión; mientras que Blázquez... Blázquez tiene hijos...

Y en cuanto a sus auxiliares, Primo es soltero y podrá hacer de su capa un sayo; pero Gregorio tiene una hijica muy mona... Y no decimos más.

R. SANCHEZ MADRIGAL

¡NO ES RECLAMME!

Es tan difícil, amigo Blázquez, hacer el croquis de su «Bazar», que solo un genio—como Velázquez, de él, idea exacta, pudiera dar:

pues, de pesetas, en sus vitrinas, tiene, a la vista, más de un millón, en novedades, de las más finas; y... ¡a ver quien hace la descripción!

Yo, como en broma, lo intentaría, pero la gente, podría creer que era reclame: ¡que tontería! ¡cual si la hubiese de menester!

¿Ricardo Blázquez! «Bazar Murciano» el que os visita, «hombre o mujer», *entra por uvas*; ¡vaya un gitano que es don Ricardo para vender!

Cierto es que vende lo más moderno y que alambica la utilidad, pues, a él, el luero, le importa un cuerno; y tiene cosas... ¡qué atrocidad!

Una señora compró allí, un gato, que era de tela negra, y cartón, y en cuanto, en casa le tuvo un rato, ¡le vió, corriendo, tras un ratón!

Otra señora, «parienta mia», una muñeca, también, compró, que iba vestida de ama de cría, Y... ¡vaya un susto que se llevó!

pues, una noche, medio dormida, oyó, en la cuna lloriquear, y, ya despierta, sobrecogida, a la muñeca, cantusear:

«Toma, toma, toma tetiita, duérmete, rico, calla vidiita...» y, sea que el niño, mamara, o no, vió, con asombro, ¡que se durmió!

Tiene unos patos de hojadelata, que es un encanto verlos nadar; y, a todas partes *lleva una pata* que le ha hecho mucho más popular.

Amigo Blázquez: yo seguiría pero la gente podría creer que era reclame; ¡que tontería! ¡cual si la hubiese de menester!

Agosto 1923.

G. VICTORIA

Año más y año menos

Un año más en que Ricardo Blázquez a emborronar cuartillas nos invita. Un año más en que *El Bazar Murciano* asoma sus columnas a la vida. Un año más de prodigar elogios a Blázquez y al Bazar, muy en justicia. Un año más de blar de los bastones, de los perfumes o de las boquillas. Un año más de bombo y de platillo a los objetos mil de fantasía y a los juguetes lindos y diversos que del Bazar encierran las vitrinas. Un año más, por fin, en que el cacumen por mucho que al cacumen se le esprima—apenas da de sí para este asunto porque dicho está ya cuanto se diga. Un año más de vida para todos y uno menos de aquí estampar mi firma.

JULIO HERNANDEZ

Cumpliendo un encargo

Hay una época en el año en que mi principal, ni duerme ni come, efecto de su gran preocupación.

El, que con un estoicismo sin igual, soporta los mas adversos reveses, se inquieta y se pone nervioso, cuando llega la fecha mencionada y no salen o cree él que no salen, las cosas a su gusto.

Esa época es la de la confección del «Bazar Murciano».

Es explicable: «El Bazar» periódico, ha llegado a ser una institución: Para darse de ello cuenta basta estar, como yo estoy, en la tienda, y oír las reiteradas preguntas que sobre el asunto hacen a don Ricardo:

¿Cuándo sale el Bazar? ¿Como anda ese Bazar? ¿Qué plumas nuevas has adquirido para el Bazar? y así una vez y otra tiene don Ricardo que soportar las continuadas preguntas de sus numerosos visitantes.

Va muy bien, dice sonriente D. Ricardo; pero inmediatamente que sale el preguntante, ya me sé yo la que me espera:—anda, vivo, ve a la imprenta y pregunta porqué no han enviado las pruebas.

—Sí hace un instante he estado allí y me han dicho que ellos las enviarían...

—No importa, ve y que se den prisa, que son tantos los colaboradores y solo llevamos hechos tantos artículos.

En esto de medir la composición y llevar al dedillo la marcha del periódico es don Ricardo un portento: Habrá quien le iguale; pero no hay quien le supere.

Y no es lo malo que me tenga todo el día en viajes de ida y vuelta, sino que la mayoría de los años, como este, me reserva la bomba final: Falta medio galerín, ya sabes tú lo que hay que hacer: coge la pluma, ni una línea más ni una línea menos de las que se necesitan para cerrar; y añade:

—Hablas de los productos Gal, de los aparatos eléctricos, de las gorritas de verano, de los cochecitos para niños, de los abanicos extra para regalos de novios, de las máquinas Gillette, que sustituyen con gran ventaja las manos del barbero y que teniendo tres hojas vale solo seis pesetas, que es una ganga, y en fin de toda la lista, que tu ya conoces, de esta casa.

Salgo obediente para la imprenta y cuando me dispongo a cumplir con los deseos de don Ricardo me encuentro con el cajista que me llama la atención para que no dé original alguno, toda vez que está ya sobrada la composición del periódico.

Y qué hacer? Me contraría el que suponga mi principal que no he alabado como debía todos los artículos, algunos de un valor extraordinario, que encierra en su Bazar, pero como no me queda espacio lo dejo para el año que viene.

¿Verdad lector que tú también desearás leer lo que sobre ello diga el año próximo?

Mala señal, para tí o para mí, será si no lo vemos.

EL APRENDIZ DEL BAZAR

Imprenta de EL TIEMPO